

## **Narradores ecuatorianos de la década de 1950: poéticas para la lectura de modernidades periféricas**

**MARTHA RODRÍGUEZ**

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

### **RESUMEN**

Estos escritores publicaron entre 1945-1962, y avanzaron mucho más en algunos planteamientos de los narradores del 30. Habiendo asumido su extracción de clase, se preguntaron respecto de su propia identidad, de la problemática del mestizo, de su rol como escritores, del impacto de la incipiente modernidad que desestructuraba la vida cotidiana en sus pueblos y ciudades. Coinciden pues, en lo temático, con los narradores latinoamericanos del período, quienes en lo estético mantuvieron la tensión entre regionalismo y vanguardias; los ecuatorianos se reafirmaron en un realismo que dio espacio al lirismo, aunque también mirando hacia las vanguardias latinoamericanas desde diferentes ángulos. César Dávila Andrade planteó una estética del horror «suprarreal», Ángel F. Rojas manejó modernamente temas emparentados con el regionalismo, Walter Bellolio sintetizó lo mejor de la vanguardia narrativa y la tradición relativista ecuatorianas, Alfonso Cuesta y Cuesta configuró una estética de las metáforas iluminadoras, y Arturo Montesinos trabajó con la metáfora de la ruptura que trae toda modernidad, por más periférica e incipiente que pueda parecer.

**PALABRAS CLAVE:** Narrativa ecuatoriana, Narradores del 50, Generación de Transición, Realismo, Regionalismo, modernidad, identidad, mestizo, narrativa urbana, César Dávila Andrade, Alfonso Cuesta y Cuesta, Arturo Montesinos Malo, Ángel F. Rojas, Walter Bellolio, Pedro Jorge Vera, Mary Corylé, Eugenia Viteri, Rafael Díaz Ycaza, Alejandro Carrión.

### **SUMMARY**

Published between 1945-1962, the works of these writers went much further in terms of some of the problems raised by the narrators of the 1950s. Having assumed its class extraction, questions addressing their own identity, the plight of the mestizo, their role as writers, the impact of the incipient modernity that de-structured daily life in their villages and cities were also

raised. Therefore, they agree with the thematic of Latin American narrators of that period, who maintained in the aesthetic the tension between regionalism and vanguard; the Ecuadorians redefined themselves within a realism that gave space to lyricism, although Latin American vanguards were also being observed from different angles. César Dávila Andrade posed an aesthetic of the «supra-rea» horror, Ángel F. Rojas in modern times addressed themes related to regionalism, Walter Bellolio summarized the best of the narrative vanguard and the Ecuadorian tradition of storytelling, Alfonso Cuesta y Cuesta configured an aesthetic of the enlightened metaphors, and Arturo Montesinos dealt with the metaphor from the split that brings every modernity, without taking into account how peripheral and incipient that it may appear.

KEY WORDS: Ecuadorian narrative, 1950s narrators, Transition Generation, Realism, Regionalism, Modernity, identity, mestizo, urban narrative, César Dávila Andrade, Alfonso Cuesta y Cuesta, Arturo Montesinos Malo, Ángel F. Rojas, Walter Bellolio, Pedro Jorge Vera, Mary Corylé, Eugenia Viteri, Rafael Díaz Ycaza, Alejandro Carrión.

AL ESTUDIAR LAS literaturas de un país o una región, es necesario considerar la existencia de ciertas condiciones previas (en el contexto socioeconómico, en su devenir cultural, en la historia de sus producciones literarias) que posibiliten su emergencia y su ocaso. En Ecuador y en Latinoamérica, la llegada de la nueva narrativa en los años 60 y comienzos de los 70 –«expresión» que surgía luego de un proceso de más de seis décadas de gestación, y apoyada por una promoción editorial casi sin precedentes– fue uno de los elementos que condicionó un olvido, en mayor o menor grado, de la producción narrativa que viera la luz alrededor de la década del 50. Estos escritores ecuatorianos fueron relegados a una suerte de limbo (el nombre para designarlos sugiere un *no-lugar*: «Generación de transición») o simplemente descalificados, sin mayor análisis.

Los escritores de la década de 1950 no constituyen un grupo orgánico ni numeroso. Proviene de Guayaquil, Cuenca y Loja, y publicaron las obras que los relacionan entre 1945 y 1962, aproximadamente, aunque la mayor parte de ellas apareció en la década del 50.<sup>1</sup> El núcleo principal está constituido por César Dávila Andrade, Ángel F. Rojas (su búsqueda estética y su temática amplia dialogan de mejor manera con los narradores del 50 que

---

1. La mayor parte de ellos continuaron publicando en las décadas siguientes (Arturo Montesinos, Pedro Jorge Vera, Eugenia Viteri, Walter Bellolio, Rafael Díaz Ycaza, Alejandro Carrión), sin que por ello se los relacionara con el grupo que cultivó la nueva narrativa, a partir de la década de los 70 en Ecuador. Algo similar ocurre con Jorge Icaza, esencialmente conocido como un narrador de la década del 30, sin destacarse que escribió una de las más importantes novelas de los 50: *El chulla Romero y Flores*.

con los del 30), Alfonso Cuesta y Cuesta, Arturo Montesinos Malo, Walter Bellolio, Pedro Jorge Vera, y a él se suman Mary Corylé, Alejandro Carrión, Rafael Díaz Ycaza y Eugenia Viteri. Por lo general han sido poco atendidos por la crítica literaria (individualmente y como conjunto), si bien de ellos se han ocupado trabajos de Hernán Rodríguez Castelo, Jorge Dávila, Alicia Ortega Caicedo y Diego Araujo.

Los puntos de vista generacional o de corriente estética pueden oscurecer el panorama de las producciones literarias de un país o una región cuando se los emplea de manera rígida o descontextualizada. Con frecuencia se ha considerado a estos autores como epígonos de los narradores del 30,<sup>2</sup> aunque incluyéndolos entre los que introdujeron quiebres desde la propia matriz de la generación (en producciones aparecidas en el mismo período, de Alfredo Pareja Diezcanseco, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta, entre otros).<sup>3</sup> También se los ha considerado un «puente» entre estos y los del 70 (así fue justificado el nombre de escritores «de la transición»). Resulta necesario ensayar otra lectura de la producción de este grupo de autores, ciertamente sin ignorar sus marcas estéticas, pero buscando características que puedan brindarle identidad propia.

Parece que el elemento identificador del grupo es la temática explorada. Un segundo y último rasgo común es que todos parten de un realismo más abierto que el de los del 30, que da espacio al lirismo, a la exploración de subjetividades que se enfrentan en la re-configuración de los *espacios sociales* en Quito o Guayaquil (urbes crecidas, excluyentes); o en plan de desentrañar el sentido de la modernidad que trastoca de manera radical sus ciudades pequeñas y sus pueblos (revelando sus contradicciones, sus promesas falsas,

- 
2. Diego Araujo realiza un estudio conjunto de la narrativa ecuatoriana entre 1950 y 1980, sin establecer en su análisis demasiados deslindes entre los escritores de la llamada «Generación de Transición» y aquellos que ya integraban la producción surgida aproximadamente en la década de los 70 (nueva narrativa). (Cfr. Diego Araujo, «Tendencias en la novela de los últimos treinta años», en H. Rodríguez, C. Ansaldo, D. Araujo, A. Moreano, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983).
  3. «Hay aportes ya, dentro del cambio, en *Nuestro pan*, de Enrique Gil Gilbert, en sus *Relatos de Emmanuel*; en *Don Balón de Baba y Hombres sin tiempo*, de Pareja Diezcanseco [...]; en *Las cruces sobre el agua*, de Gallegos Lara; [...] en *Juyungo*, de Adalberto Ortiz» (Miguel Donoso Pareja, *Nuevo realismo ecuatoriano*, Quito, Eskeletra, 2002, pp. 11-12). Cfr., Francisco Proaño Arandi, «Estudio introductorio», en Ángel F. Rojas, *Un idilio bobo*, Quito, Libresa, 1997, pp. 12-13.

fragmentando las subjetividades de los individuos, incluida la del escritor). Se preguntaron, además, sobre el sentido y los alcances de los aprendizajes de la modernidad en la gran ciudad, y sobre la modificación del rol del escritor en ese contexto, en este país pequeño. En la búsqueda de formas de narrar estas nuevas realidades, cuatro de ellos aportaron con verdaderas poéticas, plenamente renovadas. Son las obras más representativas del período: las producciones cuentísticas de César Dávila Andrade, Ángel F. Rojas, Arturo Montesinos y Walter Bellolio, y las novelas *El éxodo de Yangana*, *Los hijos*, *Segunda vida* y *El chulla Romero y Flores*.

Los antecedentes de la producción narrativa de la década del 50 hay que buscarlos, inevitablemente, en los años 20. Durante este período se gestó el nacimiento de la modernidad narrativa en el Ecuador, cuya partida de nacimiento es la obra de la Generación del 30. Fueron años de intensos debates, principalmente de 1925 a 1929, en el seno de aquel sector emergente de la intelectualidad (que incluía a jóvenes de clase media que habían tenido mayor acceso a la universidad en los decenios anteriores); buscaban determinar si debían persistir en la indagación y comprensión de la propia realidad, o si había que sumarse a la modernidad literaria que proponían las vanguardias y el cosmopolitismo.<sup>4</sup> Prevalció el impulso promovido por escritores de clase media urbana, que enarbolaba la bandera de una literatura preocupada por lo social, cultivadora de una estética realista<sup>5</sup> como nuevo paradigma.

En resumen, entre 1925 y 1934 –y no solo con *Los que se van*– la literatura ecuatoriana sufre un corte brutal en su devenir de siglos, a partir de las discusiones y reflexiones propiciadas por las vanguardias y la consolidación del realismo social. Es «una literatura que se propuso indagar en los mapas étnicos y geográficos de una cultura popular múltiple y tradicionalmente negada: una literatura que tuvo como protagonistas al cholo, al indio, al negro y al montuvio».<sup>6</sup> En las décadas siguientes, que fueron los años de moderniza-

- 
4. Cfr. Humberto Robles, *La noción de vanguardia en Ecuador. Recepción-Trayectoria-Documentos (1918-1934)*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1989, pp. 60-62.
  5. Entre 1930 y 1934 la noción de vanguardia se desprestigia mucho, sepultando transitoriamente en el descrédito y el olvido a Pablo Palacio y Humberto Salvador, en acre y sectaria polémica acaudillada por Joaquín Gallegos Lara, entre otros. (Cfr. Humberto E. Robles, *ibídem*, pp. 55-70).
  6. Alicia Ortega Caicedo, «El cuento ecuatoriano durante el siglo veinte: retóricas de la modernidad, mapas culturales y estrategias narrativas», en *Antología esencial. Ecuador siglo XX. El cuento*, Quito, Eskeletra, 2004, p. 19.

ción socioeconómica del país,<sup>7</sup> las ciudades crecieron con mayor rapidez; la vida cotidiana se trastocaba en un contexto de inseguridad y confusión, de complejidad y contradicciones. La literatura de la década del 50 parecería buscar, en ese contexto de eventos modernizadores, respuestas a cuestionamientos tácitos, surgidos a partir de la producción narrativa de los del 30: ¿Qué somos? ¿Qué lenguaje emplearé? ¿Quién soy como escritor y para quiénes escribo? ¿Hacia dónde apunto con mi escritura? Esos textos problematizaron, en un abanico de reflexiones, la representación literaria de la vida cotidiana en las ciudades y pueblos pequeños que sentían el mencionado empuje de una modernidad, modesta sí, pero no poco devastadora. La literatura del 30 introdujo nuevos actores; la del 50 se centró en las subjetividades de aquellos y de otros personajes conflictivos –sobre todo el mestizo– y, desde esas perspectivas, volvió los ojos al entorno urbano: se fijó en las relaciones entre ellos, y de cara a la modernización.

Los narradores de la década del 50 transitaron por caminos que apuntaban a diferentes líneas, algunas de las cuales anoto, sin pretensión de ser exhaustiva: a) la problemática del mestizo (*El chulla Romero y Flores*, «Mama Pacha»; «El maestro Mariano Guamán...»); tangencialmente, en *Segunda vida*); b) el rol de lo popular (en la línea de *Los hijos*; en otra que une a De la Cuadra con el primer Bellolio, y que alcanza a *Polvo y ceniza*); c) el rol de lo mítico y de la leyenda (*Los hijos*, *El éxodo de Yangana*); d) la problemática existencial, ontológica (César Dávila Andrade, en una línea que espera desarrollo o continuidad por otros autores a nivel latinoamericano); f) la exploración de las tensiones entre el castellano y el inglés –en cuanto lengua del nuevo colonizador– (plantada por Ángel F. Rojas); g) confrontación entre civilización y barbarie (abordada por Ángel F. Rojas, Alfonso Cuesta, Arturo Montesinos); h) enfrentamiento entre escritura y oralidad: la defensa de esta última en procesos de configuración de identidades individuales y comunita-

---

7. Los decretos presidenciales para la modernización del aparato estatal se dictaron en 1927. Y es a partir del auge de la exportación bananera (principalmente de 1948 a 1955) cuando tiene empuje la modernización económica (nuevas formas de tenencia de la tierra, crecimiento de la industria en relación a décadas anteriores; aumento de las relaciones laborales asalariadas, etc.), acompañada de repuntes de crecimiento urbano y significativas mejoras de la infraestructura vial. (Cfr. Wilson Miño Grijalva, «La economía ecuatoriana de la gran recesión a la crisis bananera», en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, vol. 10, *Época Republicana IV*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1990, pp. 41-69).

rias, en oposición al rol de la letra escrita (Alfonso Cuesta y Cuesta; otra vez Rojas); i) redefinición del rol del intelectual, de cara a la modernidad (*Arquilla indócil, Segunda vida, El éxodo de Yangana*); j) la línea más explorada: respuestas individuales del hombre urbano ante la modernidad urbana (en hilo conductor que proviene de Pablo Palacio, pasa por Juan Andrade Heymann y Walter Bellolio, hasta la nueva narrativa; particularmente Arturo Montesinos). Varias de las líneas de reflexión mencionadas han tenido escasa continuidad, privilegiándose a partir de la década del 70 la última de ellas, debido a factores diversos (como el surgimiento de un nuevo canon en la literatura latinoamericana, que contó con gran auspicio editorial).

Como se puede apreciar, los principales ejes temáticos de la narrativa del 50 dialogan con las inquietudes de sus contemporáneos latinoamericanos –aunque estos a partir de tensiones estéticas entre regionalismo y vanguardias–, y los ecuatorianos a partir de un realismo con muy diversos matices. En esa década, la producción narrativa de nuestro país se marca por la presencia de lo urbano –enfrentado a lo rural y a la condición moderna–,<sup>8</sup> y el sujeto enunciador pertenece a la clase media.

Ya había anotado Miguel Donoso Pareja que «la narrativa urbana moderna del Ecuador arranca de 1927 (*Débora*) y 1932 (*Vida del aborcado*)».<sup>9</sup> Tema poco tratado en la producción del 30, lo urbano es un tema constante en aquella de 1950. Entre los factores que incidieron, hay que resaltar el peso del fenómeno migratorio.<sup>10</sup> En los años de bonanza de exportación caacotera, el epicentro de las operaciones económicas, financieras y comerciales era Guayaquil; esta ciudad había rebasado en población a Quito entre 1880 y 1890, y alcanzó los 90.000 habitantes en 1920 –cifra que duplicaba

8. Si bien se había tocado el tema de la migración del campo a la ciudad en textos de José Antonio Campos y en la literatura del 30, es posible reconocer diferencias en el punto de vista de enunciación; la narrativa del 50 se enfoca en la subjetividad del individuo migrante: recoge sus dudas y temores, sus estrategias de supervivencia; atiende también al nativo que se relaciona con un extranjero: su identidad se siente cuestionada en este contacto, y toma diferentes actitudes ante ello. En la narrativa del 50 emerge, ya como una constante, el individuo como personaje de la modernidad.
9. Miguel Donoso Pareja, «Estudio introductorio», en Joaquín Gallegos Lara, *Las cruces sobre el agua*, Quito, Libresa, 1990, p. 24.
10. No solo como testigos, sino como actores de la experiencia migratoria: varios llegaron a Quito y Guayaquil desde otras provincias (Pablo Palacio, Benjamín y Alejandro Carrión, Ángel F. Rojas, César Dávila Andrade, Arturo Montesinos Malo, Alfonso Cuesta y Cuesta, Pedro Jorge Vera).

aquella de 29 años atrás.<sup>11</sup> El crecimiento demográfico general de la Costa disminuyó algo en la década de 1930, siguiendo al descenso de los ingresos por exportación de cacao; pero recuperó su ritmo creciente a finales de los 40. Estas masas de inmigrantes se visibilizaron con fuerza hacia la mitad del siglo, desde los suburbios de Quito y Guayaquil; estaban desempleadas, subempleadas, o constituían lo que Alejandro Moreano llama un «proletariado de servicios».<sup>12</sup>

Pero la modernidad trae sus propias angustias al sujeto. Ángel F. Rojas, a propósito de la novela *El desencanto de Miguel García* (1929), de Benjamín Carrión, afirmaba que se presenta «en ella la descripción de un estado de ánimo colectivo, sentido hondamente por toda una generación».<sup>13</sup> Es interesante resaltar que ese talante anímico de los narradores del 50 operaba ya desde fines de la década de los 20, en las intuitivas obras de Pablo Palacio, de Humberto Salvador y del novel Benjamín Carrión, las cuales se ocupaban de individuos de clase media (los narradores de la década del 50 aportarían mayor especificidad aún: se interesarían por el intelectual de esta clase media, analizando las vicisitudes de su oficio de cara a los nuevos tiempos; uno de sus tempranos antecedentes se encuentra en la mencionada novela de Carrión).

Aquel «estado de ánimo colectivo» tal vez pueda rastrearse desde que se evidenciaron los primeros signos de que Ecuador –como Latinoamérica toda– estaba insertándose en un sistema económico que era global: la crisis económica por la caída en las exportaciones de cacao. Ella arrastró un largo corolario de inestabilidad política (entre 1925 y 1948 Ecuador llegó a contar veintisiete gobernantes),<sup>14</sup> hasta la recomposición del equilibrio de las fuerzas productivas en el país. Influyeron también el perdurable sentimiento de derrota nacional –secuela de la guerra del 41 y la firma del protocolo de Río de Janeiro; los fracasados intentos de lograr cambios sociales después de la

---

11. Álvaro Sáenz y Diego Palacios, «La dimensión demográfica de la historia ecuatoriana», en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, vol. 12, *Ensayos Generales I*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1983, p. 155.

12. Alejandro Moreano, «Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX», en Leonardo Mejía, y otros, *Ecuador: pasado y presente*, Quito, El Duende, 1991, p. 165.

13. Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, vol. 29, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, s.f., p. 184.

14. Cfr. Agustín Cueva, «El Ecuador de 1925 a 1960», en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, vol. 10, pp. 96-98.

Revolución La Gloriosa de 1944 (sellados con la proclamación de Velasco Ibarra como dictador, en 1946); el paso de una crisis económica a otra, la continua falta de empleo. El contexto internacional era igualmente desalentador en aquellos años de la segunda posguerra y de la psicosis anticomunista a causa de la Guerra Fría.

La confusión es sello de la progresiva llegada de la modernidad: los intelectuales de la época crecieron en la paradoja de esa realidad anímica de violencia y frustraciones en la vida cotidiana,<sup>15</sup> en contraste con la imagen de aparente estabilidad macroeconómica y política entre 1948 y 1960.<sup>16</sup> Todo lo anterior produciría significativos quiebres y desplazamientos en la mentalidad y los imaginarios de los letrados y en ciertos valores, situación que se volvía crítica al calor de la modernidad literaria iniciada en la década del 30 y que iba imponiendo un nuevo canon. Este fenómeno de rupturas y contradicciones ideológicas –registrado con frecuencia en los países latinoamericanos durante las décadas de la modernización–<sup>17</sup> puede observarse con mayor claridad en casos puntuales: en el trabajo precursor de Fernando Chaves,<sup>18</sup> en algunos cultivadores del realismo social,<sup>19</sup> y en narradores de la década de 1950, como Pedro Jorge Vera y Alejandro Carrión.

- 
15. Pedro Jorge Vera escribe a Alejandro Carrión, en 1939: «este medio pestilente, esta cámara oscura que es hoy por hoy el Ecuador. Sin perspectivas. Sin realidades. Con un solo, constante y torturador vegetal. Con un naufragio absoluto –pero lento, y esto es lo peor, lo terrible– de los hombres, los árboles y las fieras». Sobre sí mismo y sus amigos cuenta: «A Genaro Carnero, que [...] me preguntaba por 'nosotros', le decía que 'nosotros' ya no existimos, que estamos definitivamente muertos. Algunos, podridos, porque habían resuelto engordar» (Pedro Jorge Vera, *Los amigos y los años (Correspondencia, 1930-1980)*, Selección, prólogo y notas de Raúl Serrano Sánchez, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002, pp. 121-122).
  16. A ciencia cierta no hubo estabilidad en ninguno de los dos órdenes: el crecimiento económico se debió, con mucho, al aumento de exportaciones a causa de la Segunda Guerra Mundial; en lo social, habían comenzado las manifestaciones de las masas subproletarias que habitaban en los barrios periféricos de Guayaquil (Cfr. Agustín Cueva, «El Ecuador de 1925 a 1960», en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, vol. 10, pp. 115-120).
  17. «Confusión fue la característica de las nuevas clases medias en el momento de su consolidación en la América Latina de los años 40 y 50». (Rafael Gutiérrez Girardot, «Pedro Henríquez Ureña», en Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. xv).
  18. Cfr. Miguel Donoso Pareja, *Los grandes de la década del 30*, Quito, El Conejo, 1985, pp. 33-34.
  19. En palabras de Jorge Enrique Adoum, «se quedaron, pues, a medio camino en una suerte de 'tierra de nadie' ideológica que, sin embargo, resultó pertenecer a alguien: a

Así como la producción narrativa de los del 30 clausuró una larga etapa de nuestras literaturas –vigente desde la Colonia– la narrativa de la década del 50 cedió espacio, desde 1962 y durante toda la década de 1960, a otras obras; sobre todo, a nuevos tiempos e influencias literarias (los escritores latinoamericanos promocionados por el llamado *boom*) y al ímpetu de renovación cultural que experimentaba la región; con la Revolución Cubana llegó un tiempo distinto, y eran otros los actores. Los influjos de esas nuevas perspectivas culturales trajeron a nuestra narrativa «otras voces y otros ámbitos». Cierta presencia y rasgos de los autores en estudio se mantuvieron aún durante la década de 1960 (en la última publicación de César Dávila Andrade, la segunda de Walter Bellolio, dos más de Alejandro Carrión, la cuarta de Rafael Díaz Ycaza), pero se apreciaba con claridad su descenso; convivieron pocos años con los inicios de la nueva narrativa, hasta que ésta se mostró en plenitud a inicios de la década de 1970. Por estas razones, aun sabiendo que los límites temporales en las periodizaciones literarias no son rígidos, propongo los años de 1945 y 1962 como los márgenes de la promoción en estudio: la mayor parte de los textos surgió en la década de 1950; solo tres se publicaron antes de 1945,<sup>20</sup> y cuatro en 1962, junto a cuatro más de autores de la promoción siguiente.<sup>21</sup>

En cuanto al nombre de este conjunto de escritores, a falta de una denominación grupal que responda a las coordenadas que se han mencionado, propongo continuar llamándolo –por ahora– «Narradores de la década de 1950», para reafirmar su lugar propio en la historia literaria ecuatoriana junto a otras promociones (no solo como sombra de unos, o vínculo en dirección hacia los otros).

---

la mentalidad de la propia clase, ésa que condenaban y pretendían abandonar». (Jorge Enrique Adoum, «Breve historia de la historia breve», en *Antología esencial –Ecuador siglo XX–, La novela breve*, Quito, Eskeletra, 2004, p. 18).

20. Me refiero a *Llegada de todos los trenes del mundo* (1932) de Alfonso Cuesta y Cuesta, *Banca* (1938) de Ángel F. Rojas y *Sendas dispersas* (1941) de Arturo Montesinos Malo.
21. Rafael Díaz Ycaza publicó *Los rostros del miedo*; Pedro Jorge Vera, *La semilla estéril*; Arturo Montesinos, *Segunda vida*; Alfonso Cuesta y Cuesta, *Los hijos*; adicionalmente, nuevos autores ingresaron al mapa literario: Miguel Donoso Pareja, con *Krelko*; Eugenia Viteri, con *Doce cuentos*; Alsino Ramírez, con *La perspectiva*; Juan Andrade Heymann lo había hecho en 1961, con *Cuentos extraños*. Al menos cuatro de estas obras revelaban la cercanía de un nuevo quiebre (las de Montesinos Malo, Cuesta y Cuesta, Donoso Pareja, Andrade Heymann), otro giro en la historia literaria del país.

Puede decirse, para resumir, que los narradores de la década del 50 realizaron ampliaciones temáticas a partir de preguntas fundacionales, implícitas en la narrativa de los de la década del 30; en esencia, reflexionaron sobre los efectos de los años de la modernización: bien desde la perspectiva de las ciudades como lugares de reconfiguración de *espacios sociales*, de aprendizaje de la *civilidad*, de tensiones con la cultura rural, o como sitios de emergencia de la conciencia de un individuo distinto: la ciudad como un *locus* de modernidad, en definitiva.

## LOS AUTORES Y SUS PROPUESTAS

No obstante, las promesas de la condición moderna resultaron falsas. El lenguaje de la civilidad mentía. Poco duraría la euforia del discurso del progreso y la ilusión de los inmigrantes pobres que llegaron masivamente a la ciudad, y que seguían haciéndolo. En la década del 50 continuaban pobres, estaban hacinados, habitando insalubres barrios periféricos de Quito, Guayaquil, o lugares apartados de Cuenca u otros pueblos pequeños (textos de César Dávila Andrade, Pedro Jorge Vera), con empleos mal remunerados o sin ellos (cuentos y novelas de Arturo Montesinos Malo, Mary Corylé, Alfonso Cuesta y Cuesta), enfermos o muchas veces muriendo sin pena ni gloria (cuentos de Rafael Díaz Ycaza, Eugenia Viteri, Walter Bellolio). Pensando que acaso debían empezar a hacerse escuchar (textos de Ángel F. Rojas), aunque no se muestra el camino del discurso populista, en la literatura del período.

Varios autores enfocan las esperanzas de los individuos, pueblos y comunidades en las actuales condiciones de modernidad, de sus expectativas en el contexto de la oposición entre civilización y barbarie. Ángel F. Rojas prueba haber leído a José Enrique Rodó y a José Martí, decantándose por este último; rechaza la dicotomía civilización / barbarie (con lo cual se anticipa al pensamiento crítico de los 70, de Ángel Rama y Roberto Fernández Retamar) para proponer una actitud de resistencia a partir de un *logos* calibanesco, que deconstruye el discurso del poder y defiende su derecho a la autodeterminación. En esta postura lo secundan dos autores: con menos esperanza Arturo Montesinos Malo, y con menor lucidez y convicción, Alejandro Carrión. Montesinos es el autor con el que mejor dialoga Rojas. No parte de la propuesta utópica de un *mutis* provisional, a través del éxodo. Centra su reflexión en la conflictiva cotidianidad de las urbes, donde el hombre común se

enfrenta al poder de la ley y a la sorda y excluyente estructura del Estado, en desamparo casi absoluto. También ensaya una huida (menos espectacular, menos esperanzada: eran otros tiempos) hacia las ciudades pequeñas; a la manera de los exiliados de Yangana, el poeta pretende ganar tiempo, poner cierta distancia o armarse, si fuera posible, para enfrentar esa modernidad, intuendo que no podrá escapar de ella ni de su probable destino: la muerte del individuo.

Lo que propone César Dávila Andrade es otra suerte de huida, pero esta vez hacia la propia conciencia, para trascenderla.<sup>22</sup> La modernidad trae pobreza y desplazamientos, y trastoca los *espacios antropológicos*, pero acaso lo más terrible de ella (contra lo que no hay refugio) es que contribuye a desatar y revelar las propias debilidades: prueba que el mal no solo está afuera, sino que nace de nuestros propios demonios interiores. Alfonso Cuesta y Cuesta señala el sentido de esta arremetida civilizatoria: la asimila con un cataclismo de grandes proporciones, cuyos efectos socavan tradiciones y valores ancestrales que daban soporte a un modo centenario de habitar la ciudad pequeña, al fin alcanzada por la modernidad. Es la pérdida de un equilibrio que probablemente costó y tardó mucho en construirse, y acaso no se pueda recuperar.

Con mucha menor complejidad, Rafael Díaz Ycaza plantea la opción de la insania ante lo irresoluble de la oposición civilización / barbarie. Mary Corylé tampoco halla espacio para la esperanza: el orden de lo civilizado lleva el sello de la muerte, del ejercicio injusto del poder. Se resigna, perdida cualquier esperanza de un cambio para mejor. De su parte, y sin alejarse de esta perspectiva, Eugenia Viteri vuelve su mirada a las diferentes expresiones de la sexualidad en los nuevos espacios sociales; a despecho de todo, ahora es posible hablar de ese tema, hasta poco tiempo atrás vedado.

Los autores reflexionan, finalmente, sobre el espacio que le queda al escritor en las ciudades modernizadas. Para la clase media, la lucha socialista no es ya una esperanza; ni aun Gallegos Lara, en su novela de 1946, finca demasiadas ilusiones en ella. Solo Pedro Jorge Vera, de todos los autores estu-

---

22. «Eventualmente, pude comprender que toda forma puede ser alterada positivamente por cada durmiente, si aprende de algún modo de dirigir su sueño. Y así mientras hasta ayer algunos tenían el aspecto de ornitorrincos, mañana mismo podrían convertir su apariencia en un radiante huso de cristal». (César Dávila Andrade, «El sueño y sus artefactos», en César Dávila Andrade, *Obras completas, II. Relato*, Cuenca, Pontificia Universidad Católica del Ecuador / Banco Central del Ecuador, 1984, p. 353).

diados, conserva ilusión en esa estrategia de lucha (aunque no dice cómo, y aunque hubiera perdido fe en el socialismo soviético desde que se alineó con Alemania –ver *La semilla estéril*–).

Los intelectuales de clase media pasan a asumir de a poco su extracción de clase. Es cuando empiezan a plantearse otras problemáticas, a pensar sobre su futuro. Están claramente afincados en ciudades que conservan aún mucho de la cultura rural (Alfonso Cuesta y Cuesta, Arturo Montesinos Malo); identifican con mayor claridad las propias contradicciones en su identidad (se inicia la reflexión sobre la problemática del mestizo); se cuestionan sobre el rol y las opciones del intelectual en estos nuevos espacios sociales. Para César Dávila Andrade y Rafael Díaz Ycaza solo quedan los caminos de la trascendencia y la muerte, respectivamente. Para Montesinos, igual; Cuesta no se plantea la muerte, sino enfrentarse, como poetas, a una vida de paso (como fugaz es su huella en *Los hijos*: apenas una pincelada, un pedido de «más luz»), dejando señales aunque nadie pueda ahora comprenderlas. Ángel F. Rojas percibe una opción más esperanzadora, a la luz de un planteamiento ambicioso: existe un lugar para el «intelectual moderno» a partir de la inclusión de la tradición oral en el trabajo literario, y de permanecer inserto en la *polis* y sus problemas.

En cuanto a las características estéticas de este período de la narrativa del Ecuador, a diferencia de lo ocurrido en el ámbito de Latinoamérica, se mantiene la preeminencia del realismo, aunque se trata de uno mucho más abierto que el del 30, que funciona como punto de partida y como sustrato en todos los narradores del 50. En este período hay casos y autores, cada uno de los cuales transita en busca de una forma de expresión propia sin negar, con ello, los presupuestos de modernidad narrativa que aportó la producción de los del 30.<sup>23</sup> Así, los proyectos de Alfonso Cuesta y Cuesta y César Dávila Andrade priorizan lo estético, subordinando a ello la denuncia o la crítica social (a la manera en que procederían Mario Vargas Llosa en *La ciudad y los perros* –1963–, y Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, 1967).<sup>24</sup>

---

23. Esto es, una literatura que redibujó el imaginario del país, que mostró su heterogeneidad cultural, racial y socioeconómica, y que cuestionó los presupuestos del proyecto cultural tradicional. (Cfr. Alicia Ortega Caicedo, «El cuento ecuatoriano durante el siglo veinte: retóricas de la modernidad, mapas culturales y estrategias narrativas», en *Antología esencial. Ecuador siglo XX. El cuento*, p. 33). Es decir, una literatura que se apartaba de su condición de «enajenada» (en lo formal y en los temas), en palabras de Alejandro Moreano.

24. Gutiérrez Girardot señala en Vargas Llosa y García Márquez esta sutil relación entre li-

«El escritor ya no se enfrenta polémicamente con la política, no contrapone cualidades literarias a vicios políticos, sino utiliza las cualidades literarias para analizar plásticamente males y perversiones sociales»,<sup>25</sup> dice refiriéndose a ellos Rafael Gutiérrez Girardot. Pero los productos de Cuesta y Cuesta y de Dávila Andrade son distintos entre sí porque sus estéticas difieren: la de Dávila es la del horror «suprarreal»; la de Cuesta, una de metáforas iluminadoras. Montesinos propone, de su parte, una manera de aproximarse al mundo fracturado por la modernidad: como si se juntara las piezas de un enigma, o se reuniera retazos dispersos, señas contradictorias, conociendo de antemano que todo producto será incompleto, engañoso. Walter Bellolio apunta, en cambio, a una poética de la levedad, y lo consigue con maestría. Los casos de Alejandro Carrión y de Pedro Jorge Vera lamentablemente constituyen ejemplos de caminos de reflexión truncados a causa de contradicciones ideológicas y conceptuales.

En lo estrictamente técnico, tres son los innovadores: César Dávila, Ángel F. Rojas y Walter Bellolio, incorporando en su trabajo diversos logros de las vanguardias. César Dávila, desde un acercamiento al surrealismo, en una síntesis de lo mejor de sus «tradiciones» europea y latinoamericana. Ángel F. Rojas, a partir de un impulso profundamente renovador –esencia de todas las vanguardias– incorpora con plasticidad y acierto diversos elementos y técnicas; es, además, uno de los que aporta mayor diversidad temática y acaso, junto a César Dávila Andrade, mayor profundidad reflexiva. Walter Bellolio consigue capturar –en su estilo levemente mordaz– un tono narrativo y una perspectiva particulares que remontan a las estéticas de Pablo Palacio y de José de la Cuadra, en síntesis de elementos de la mejor vanguardia narrativa y la mejor tradición relativista ecuatorianas. Pero aun siendo brillantes, no es posible hallar muchos puntos comunes entre los tres, salvo la orientación de partida: el sustrato de realismo, y su trabajo con nociones o descubrimientos de los vanguardistas que los antecedieron. Tiendo a pensar que, más que una estética, los narradores del 50 se caracterizaron por una búsqueda de poéticas nuevas, que fueran consecuentes con los presupuestos (y las preguntas implícitas) planteadas por los narradores del 30. Son autores que aportaron con una ampliación del abanico temático y con varias poé-

---

teratura y política, y añade que ella cambió de rumbo con el desarrollo del *boom* (Rafael Gutiérrez Girardot, *Insistencias*, Bogotá, Ariel, 1998, p. 281).

25. Rafael Gutiérrez Girardot, *Insistencias*, p. 281.

ticas, y exploraron diversos y muy interesantes caminos que acaso aún aguardan para ser transitados. ✱

Fecha de recepción: 4 noviembre 2006.

Fecha de aceptación: 13 febrero 2007.

## Bibliografía

- Bellolio, Walter, y otros, *Diez cuentos universitarios*, Guayaquil, Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, Sede Nacional / Publicaciones Vértice, 1953.
- *La noche del 31*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1955.
- *La sonrisa y la ira*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1968.
- Carrión, Alejandro, *La espina*, Buenos Aires, Losada, 1959.
- *La manzana dañada*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983.
- *Divino Tesoro*, Quito, Ediciones Banco Central del Ecuador, 1988.
- Corylé, Mary, *Gleba*, Cuenca, Amazonas, 1952.
- Cuesta y Cuesta, Alfonso, *Llegada de todos los trenes del mundo*, Quito, El Conejo, 1985.
- *Los hijos*, Quito, Libresa, 2005.
- Dávila Andrade, César, *Obras completas, II. Relato*, Cuenca, Pontificia Universidad Católica del Ecuador / Banco Central del Ecuador, 1984.
- De la Cuadra, José, *Cuentos I*, Valencia, Edym, 1993.
- Díaz Ycaza, Rafael, *Las fieras*, Guayaquil, Imprenta y Talleres Municipales, 1953.
- *Los ángeles errantes*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1958.
- *Los rostros del miedo*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1962.
- *Los prisioneros de la noche*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.
- Gallegos Lara, Joaquín, Enrique Gil Gilbert, y Demetrio Aguilera Malta, *Los que se van*, vol. 30, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, s.f.
- *Las cruces sobre el agua*, Quito, Libresa, 1990.
- Icaza, Jorge, *Cuentos completos*, Quito, Libresa, 2006.
- Montesinos Malo, Arturo, *Segunda vida*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1962.
- *Arcilla indócil*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1983.
- Ramírez Estrada, Alsino, *La perspectiva*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1962.
- Rojas, Ángel F., *El éxodo de Yangana*, Quito, El Conejo, 1985.
- *Un idilio bobo*, Quito, Editorial Libresa, 1997.
- *Banca*, en *Obras completas*, tomo I: *Novela*, Loja, Universidad Técnica Particular de Loja / Editorial Universitaria, 2004.

- Vera, Pedro Jorge, *Luto eterno*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1962.  
— *Un ataúd abandonado*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1968.  
— *La semilla estéril*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1978.  
— *Los animales puros*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión / Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2004.

### Bibliografía de referencia

- Araujo, Diego, «Panorama de la novela ecuatoriana de los últimos años», en *Cultura. Revista del Banco Central del Ecuador*, No. 3, enero-abril 1979, p. 18.
- Ayala Mora, Enrique, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 10, *Época Republicana IV*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1990.  
— *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 12, *Ensayos Generales I*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1992.  
— *Resumen de historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 2003, 2a. ed.
- Carrión, Benjamín, *Narrativa latinoamericana*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2006.
- Donoso Pareja, Miguel, *Nuevo realismo ecuatoriano*, Quito, Eskeletra, 2002.
- Carrión, Alejandro, *Cuento de la generación de los 30*, t. II, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, vol. 94, 1976.  
— *Galería de retratos*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983.
- Cueva, Agustín, *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Ediciones Solitierra, 1976.  
— *Lecturas y rupturas*, Quito, Planeta, 1986.
- Dávila Vásquez, Jorge, *César Dávila Andrade. Combate poético y suicidio*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, 1998.
- Donoso Pareja, Miguel, *Los grandes de la década del 30*, Quito, El Conejo, 1985.  
— «Estudio introductorio», en Joaquín Gallegos Lara, *Las cruces sobre el agua*, Quito, Libresa, 1990.
- Fernández Retamar, Roberto, «Calibán», en *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Insistencias*, Bogotá, Ariel, 1998.
- Martí, José, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Martín Barbero, Jesús, «Transformaciones de la experiencia urbana», en *Oficio de cartógrafo: travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Moreano, Alejandro, «Benjamín Carrión: el desarrollo y la crisis del pensamiento democrático-nacional», en *Revista de Historia de las Ideas*, No. 9, segunda época. *Homenaje a Benjamín Carrión. Pensadores latinoamericanos, eurocentrismo y latinoamericanismo, miscelánea*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana / Centro de Estudios Latinoamericanos de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1989.

- «Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX», en Leonardo Mejía, y otros, *Ecuador: pasado y presente*, Quito, El Duende, 1991.
- Ortega, Alicia, «El cuento ecuatoriano durante el siglo veinte: retóricas de la modernidad, mapas culturales y estrategias narrativas», en *Antología esencial Ecuador siglo XX. El cuento*, Quito, Eskeletra, 2004.
- Proaño Arandi, Francisco, «Estudio introductorio», en Ángel F. Rojas, *Un idilio bo-bo*, Quito, Libresa, 1997.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998.
- Robles, Humberto E., *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1989.
- Rodríguez, Martha, «Ángel F. Rojas: la identidad como opción y la posibilidad del regreso», en *Kipus: revista andina de letras*, No. 16, II semestre 2003, pp. 3-15.
- Rodríguez Castelo, Hernán, «César Dávila Andrade», en *Cuento de la Generación de los 30*, t. II, vol. 94, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, 1976.
- Rojas, Ángel F., *La novela ecuatoriana*, vol. 29, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil, s.f.
- «La novela de los últimos años: temas, tendencias y procedimientos», en *Cultura: Revista del Banco Central del Ecuador*, No. 3, enero-abril 1979, Quito, Gallo capitán, 1979.
- «La novela en ciento cincuenta años de vida republicana», en Corporación Editora Nacional, *Libro del Sesquicentenario, II. Arte y Cultura. Ecuador: 1830-1980*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1980.
- Vallejo, Raúl, *Una gota de inspiración, toneladas de transpiración. Antología del Nuevo Cuento Ecuatoriano*, Quito, Libresa, 1990.
- Vera, Pedro Jorge, *Los amigos y los años (Correspondencia, 1930-1980)*, selección, prólogo y notas de Raúl Serrano Sánchez, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002.
- William, Peter, *Las películas de Luis Buñuel. La subjetividad y el deseo*, Barcelona, Paidós, 1998.